

YO PERSIGO UNA FORMA...

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
botón de pensamiento que busca ser la rosa;
se anuncia con un beso que en mis labios se posa
al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;
los astros me han predicho la visión de la Diosa;
y en mi alma reposa la luz, como reposa
el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,
la iniciación melódica que de la flauta fluye
y la barca del sueño que en el espacio boga;

y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,
el sollozo continuo del chorro de la fuente
y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

LA GITANILLA

Maravillosamente danzaba. Los diamantes
negros de sus pupilas vertían su destello.
Era bello su rostro; era un rostro tan bello
como el de las gitanas de don Miguel Cervantes.

Ornábase con rojos claveles detonantes
la redondez obscura del casco del cabello
y la cabeza firme sobre el bronce del cuello
tenía la patina de las horas errantes.

Las guitarras decían en sus cuerdas sonoras
las vagas aventuras y las errantes horas;
volaban los fandangos, daba el clavel fragancia.

La gitana, embriagada de lujuria y cariño,
sintió cómo caía dentro de su corpiño
el bello luis de oro del artista de Francia.

EL CLAVICORDIO DE LA ABUELA

En el castillo, fresca, linda,
la marquesita Rosalinda,
mientras la blanca brisa vuela,

con su pequeña mano blanca
una pavana grave arranca
al clavicordio de la abuela.

¡Notas de Lully y de Rameau!
Versos que a ella recitó
el primo rubio tan galán,

que tiene el aire caprichoso,
y que es gallardo y orgulloso
como un mancebo de Rohan.

Va la manita en el teclado
como si fuese un lirio alado
lanzando al aire la canción,

y con sonrisa placentera
sonríe el viejo de gorguera
en los tapices del salón.

En el tapiz está un amor,
y una pastora da una flor
al pastorcito que la anhela.

Es una boca en flor la boca
de la que alegre y viva toca
el clavicordio de la abuela.

Es una fresa, es una guinda;
los labios son de Rosalinda,
que toca y toca y toca más.

Tiene en su rostro abril y mayo;
en su mirada brilla un rayo;
con la cabeza hace el compás.

¡Qué linda está la marquesita!
Es una blanca margarita,
es una rosa, es un jazmín.

Su cabellera es un tesoro;
si ríe, brota un canto de oro
en su reír de querubín.

El cielo tiene sobre el traje:
si hay una nube, es un encaje,
espuma, bruma, suave tul;

como ella es blanca y sonrosada,
y de oro puro coronada,
¡qué bien le sienta el traje azul!

Ella hacia un lado inclina suave
la cabecita, como un ave
que casi va, que casi vuela;

y alza su mano al son sutil
de la blancura del marfil
del clavicordio de la abuela.

La niña, dulce cual la miel,
canta a compás rondó y rondel,
canta los versos de Ronsard;

y cuando lanza en su clamor
los tiernos versos del amor,
se pone siempre a suspirar.

Amor sus rosas nueva brinda
a la marquesa Rosalinda,
que al amor corre sin cautela,

sin escuchar que en el teclado
canta un amor desengañado
el clavicordio de la abuela.

¡Amar, reír! La vida es corta
gozar de abril es lo que importa,
en el primer loco delirio;

bello es que el leve colibri
bata alas de oro y carmesí
sobre la nieve azul del lirio.

Y aunque el terrible viaje largo
empuja el ronco viento amargo
cuyo siniestro nombre hiela,

bien es que al pobre viajador
anime el vivo son de amor
del clavicordio de la abuela.

Varia.

SANTA ELENA DE MONTENEGRO

Hora de Cristo en el Calvario,
hora de terror milenario,
hora de sangre, hora de osario.

La Luna hurraño humor destila
en la tumba de la Sibila
y «solvat seclum in favila»...

Hecate aullante y fosca yerra,
y lanza el infierno su guerra
por las pústulas de la tierra.

El hambre medioeval va por
sendas de sulfúreo vapor
y olor de muerte. ¡Horror, horror!

Ladran con un furioso celo
los canes del diablo hacia el Cielo
por la boca del Mongibelo.

Tiemblan pueblos en desvarío
de hambre, de terror y de frío...
¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío...!

Como en la dantesca Comedia,
nos eriza el pelo y asedia
el espanto de la Edad Media.

Pasan furias haciendo gestos,
pasan mil rostros descompuestos;
allá arriba hay signos funestos.

Hay pueblos de espectros humanos.
que van mordiéndose las manos.
Comienzan su obra los gusanos.

Falta la terrible trompeta.
Mas oye el alma del poeta
crujir los huesos del planeta.

Al ruido terráqueo, un ruido
se agrega profundo, inoído...
Viene de lo desconocido.

Entretanto la muchedumbre
grita sin fe, sin pan, sin lumbre,
alocada de pesadumbre.

Y bajo el obscuro destino
se oyen rechinar de contino
los rojos dientes de Hugolino.

Y todo espíritu se pasma
al ver entre el fuego y el miasma
retorcerse al dolor—fantasma.

Arruga el ceño el Deo Ignoto,
y Atropos, Laquesis y Cloto
hacen señas al Terremoto...

Ululan voces lamentables;
son idénticos y espantables
millonarios y miserables.

Van rebaños dolientes... Van
visiones de duelo y afán,
cual vió en su apocalipsis Juan.

Y sobre ellas ceniza aventada
el corazón de la tormenta,
y un rencor divino revienta.

Y bajo sus pies huye el suelo,
y sobre sus frentes el duelo
cae de lo triste del cielo.

¡Oh asombro y miedo de las Musas!
¡Oh cabelleras de Medusas!
¡Oh los rictus de las empusas!

¡Oh amarga máscara amarilla,
ojo de luz siniestra brilla
y escenarios de pesadilla!

Acres relentes, voz que hiere
repentina, gente que muere...
¡Ay! ¡Miserere...! ¡Miserere!

¡Jardines que hoy son cementerios
destruidos por los cauterios
de los temerosos Misterios!

Región que el espanto prefiere
 y en donde la Muerte más hiere...
 ¡Ay! ¡Miserere...! ¡Miserere!

¡Mas oid un celeste allegro!
 Es que pasa en el horror negro
 Santa Elena de Montenegro.

CANCIÓN DE OTOÑO EN PRIMAVERA

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste
 historia de mi corazón.
 Era una dulce niña en este
 mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alma pura;
 sonreía como una flor.
 Era su cabellera obscura
 hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
 Ella, naturalmente, fué,
 para mi amor hecho de armiño,
 Herodías y Salomé...

¡Juventud, divino tesoro,
 ya te vas para no volver...!
 Cuando quiero llorar, no lloro,
 y a veces lloro sin querer...

La otra fué más sensitiva,
 y más consoladora y más
 halagadora y expresiva,
 cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
 una pasión violenta unía.
 En un peplo de gasa pura
 una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño
 y lo arrulló como a un bebé...
 Y le mató triste y pequeño,
 falto de luz, falto de fe...

¡Juventud, divino tesoro,
 te fuiste para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro,
 y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca
 el estuche de su pasión;
 y que me roería, loca,
 con sus dientes el corazón,

poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un Edén,
sin pensar que la Primavera
y la carne acaban también...

¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
¡Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer!

¡Y las demás! En tantos climas,
en tantas tierras, siempre son,
si no pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa,
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris, me acerco
a los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver...
Cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer...

¡Mas es mía el Alba de oro!